

Celia LOZANO LÓPEZ DE MEDRANO

*Ideología, política y realidad económica en la formación profesional industrial española (1857-1936)*

Barcelona, Fundación Ernest Lluch y Editorial Milenio, 2007, 229 pp.

El proceso por el cual la formación profesional se ha convertido en una enseñanza reglada, dentro del sistema educativo, corresponde al siglo xx, sobre todo a partir de la intervención estatal de los años veinte, bajo la dictadura de Primo de Rivera, aunque con escaso éxito. El paso de los aprendizajes al calor de una fábrica o establecimiento industrial a la escolarización ha sido largo y ha ocupado espacios indefinidos, tanto dentro como fuera del sistema educativo y, también, en lo que respecta a sus promotores, a sus agentes o a la financiación. Se trata de una historia compleja pero fundamental para entender la relevancia de una formación profesional adecuada a las nuevas necesidades de la producción industrial. En este sentido, la obra de Celia Lozano es ejemplar, pues sintetiza de manera acertada este proceso de cambio y de paulatino asentamiento de una formación que, en principio, tenía perfiles difusos. El periodo de tiempo estudiado, así como la muestra de poblaciones seleccionada, también nos permite observar este proceso, sobre todo al partir de la importancia de una ley centenaria como la Ley Moyano de 1857.

Para estudiar la implantación de los centros dedicados a la formación profesional, la autora ha organizado su trabajo en tres planos que resultan del todo convenientes. Dos de ellos conforman la primera parte y el tercero, la segunda. La primera parte analiza el marco ideológico y pedagógico que caracterizó el debate sobre la formación obrera, además de las iniciativas de los principales grupos implicados: el gobierno, la patronal, los profesionales, la clase obrera o la Iglesia. En la segunda parte se aborda la génesis y evolución de la red de escuelas profesionales de nivel medio y elemental: localización, características, asentamiento en la realidad socioeconómica del país y la consolidación del modelo de formación profesional industrial entre 1910 y 1935. En este sentido, la coherencia interna del trabajo nos permite visualizar una amplia panorámica donde se conjugan muy bien las ideologías, los agentes políticos y económicos, y las diferentes realidades de la formación profesional.

Por lo que respecta al campo de las ideologías, Celia Lozano distingue, acertadamente, el papel jugado por la Institución Libre de Enseñanza, que introdujo en España las innovaciones pedagógicas que se estaban llevando a cabo en Europa, en un marco legislativo —la ley Moyano de 1857— que encorsetaba cualquier innovación, se había elaborado para un país con escaso desarrollo industrial y no preveía una formación profesional adecuada a las nuevas necesidades que irían surgiendo. El regeneracionismo de finales del siglo xix intentó paliar una situación donde el analfabetismo y la mala calidad de las escuelas era uno de los “males de España”. En este contexto, la enseñanza profesional era escasa y de mala calidad. La Iglesia, por su parte, se debatía ideológicamente en la lucha contra el laicismo y en recuperar a la clase obrera del “peligro” anarquista y socialista, emprendiendo una impor-

tante labor educativa, dentro del catolicismo social propiciado por la *Rerum Novarum*. La indefinición del marco educativo, la oferta de una enseñanza adaptada a las necesidades locales y el apoyo de empresarios y agentes locales le permitió ir asentándose paulatinamente en las localidades de mayor desarrollo industrial y comercial. Esta labor educativa complementaba el objetivo prioritario de proselitismo de dichos institutos religiosos a través de otras actividades e instituciones dedicadas a la clase obrera. Finalmente, desde el campo socialista y anarquista se planteaba otra oferta a la formación profesional, aunque con escaso éxito. Las propuestas socialistas se orientaban al fortalecimiento del sistema educativo público, mientras que los anarquistas planteaban sus alternativas sobre el rechazo de la intervención estatal en la enseñanza. En ambos casos, la educación profesional debía entenderse como una manifestación de la educación popular, que era el objetivo prioritario.

Si las posturas ideológicas estaban claras en cuanto a las expectativas depositadas por cada una de ellas en la formación profesional, las iniciativas llevadas a cabo por los poderes públicos, los empresarios, los obreros y la Iglesia van a ser más difusas y con un lento desarrollo. Como señala Celia Lozano, estas iniciativas no tuvieron una amplia repercusión y estaban claramente localizadas. El fomento de este tipo de formación profesional por parte de la administración central del Estado fue lento, poco efectivo y disperso, y sólo se logrará una cierta regularización bajo la dictadura de Primo de Rivera, que intenta normalizar la formación profesional obrera en un marco de modernización y regeneracionismo pedagógico. No obstante, tampoco este intento llegó a fraguar un sistema nacional de formación profesional. Sus principales valedores serán la empresa privada, las diputaciones y ayuntamientos que, una vez liberados por el Estado de las cargas que suponían la enseñanza secundaria y las escuelas normales para las corporaciones provinciales, y la enseñanza primaria para los ayuntamientos, tendrán que soportar las responsabilidades económicas de la formación profesional, con mayor o menor implicación, según la situación financiera de las mismas. En este marco entra en juego la iniciativa privada que, en un conjunto de intereses desiguales, tampoco logra encauzar una formación profesional normalizada. Las elites provinciales, junto con empresarios, intelectuales, profesores, ingenieros, religiosos y otros agentes sociales canalizaban sus demandas a través de las corporaciones provinciales y municipales, impulsando una formación obrera y técnica en función de las necesidades económicas, pero que “nunca logró crear un sistema de enseñanza técnica alternativo al oficial por la irregularidad de sus actuaciones y por la divergencia de intereses en juego” (p. 72). El alcance de estas iniciativas era mayor allí donde existía una burguesía dinámica como era el caso de Cataluña y el País Vasco. Las iniciativas llevadas a cabo por la clase obrera también se dispersaron por toda la geografía española, bien dentro de las actividades culturales del movimiento libertario en Cataluña, bien bajo la égida de ateneos obreros y otras entidades promovidas por los socialistas y asociaciones obreras.

Finalmente, la Iglesia también contribuyó a crear instituciones educativas dirigidas a la formación de los obreros, que se extendieron sobre todo por Cataluña, Valencia, el País Vasco y Andalucía. La autora se refiere a tres congregaciones por

su mayor implicación con la formación obrera: los salesianos, los maristas y La Salle. Estas congregaciones tuvieron su importancia en este campo, pero todavía se desconoce su nivel de penetración y las relaciones que establecieron con las elites locales. En alguna ocasión se ha llegado a afirmar que fueron motores de la modernización educativa, al introducir métodos de enseñanza-aprendizaje más adecuados a la formación obrera, pero también se distinguieron por saberse adaptar a las demandas locales y profesionales. Todavía está pendiente el estudio de su labor educativa y la expansión lograda en el primer tercio del siglo xx.

En la segunda parte del libro, Celia Lozano analiza más pormenorizadamente la localización de la formación profesional industrial y el desarrollo económico regional, a través de una periodización que le permite observar la evolución desde el periodo embrionario, en torno a 1880, hasta su consolidación en el periodo comprendido entre 1910 y 1935. El acompañamiento de cuadros con datos de escuelas, tipo de estudios, distribución de alumnos, o distribución del gasto por regiones y localidades nos ofrece una panorámica general de este tipo de formación y la relevancia que tiene en cada una de las localidades. Hubiera sido aconsejable acompañar esta información con mapas de su distribución por toda España para visualizar mejor su importancia y localización. Los datos aportados indican la evolución seguida y cuáles fueron las provincias que alcanzaron mayor presencia de la formación profesional, que se corresponden con las zonas más industrializadas del país. La superposición de un mapa con las localidades con mayor desarrollo industrial con otro que incluyese la instalación de los centros de formación profesional mostraría la amplia coincidencia entre ambos; lo cual explicaría la relación directa entre desarrollo industrial y formación profesional. En este sentido, el trabajo de Celia Lozano es esclarecedor para observar de forma general esta realidad, sobre todo, porque no se ciñe al papel desarrollado por el Estado, sino que amplía su mirada al resto de agentes sociales. Así, se complementa lo aportado en la primera parte de la obra y, además, se confirma la hipótesis de partida formulada por la autora respecto a que, “a pesar de la creciente implicación estatal, consonante con el proceso de construcción de un Estado liberal centralizado a imitación del modelo francés, las instituciones locales (públicas y privadas) fueron las que asumieron la mayor parte de la responsabilidad con respecto a la enseñanza profesional de nivel elemental y medio” (p. 17).

En conjunto se trata de un trabajo de síntesis que nos informa muy bien sobre la evolución de la enseñanza profesional en un momento en el que el Estado mostró su incapacidad para organizar un sistema público de enseñanza profesional. Ese espacio abandonado permitió la intervención de agentes locales y provinciales que promovieron un modelo disperso de formación profesional, pero que se adecuaba a las necesidades económicas de cada localidad, formando una mano de obra que permitía atender dichas necesidades y, además, posibilitaba una determinada forma de ascenso social entre la clase obrera.

**Paulí Davila Balsera**

*Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea*